

LO CATOLICO COMO APOORTE AL DESARROLLO

HISTORICO DE ARGENTINA (P. Mario D'Angelo)

El tema de este encuentro es “aportes católicos al desarrollo histórico de Argentina”, yo quisiera retrotraer el tema a una cuestión más fundante y constitutiva. No pienso en un aporte particular y determinado, sino en ese aporte fundacional y constitutivo que no sólo está en la base de nuestra Patria que celebra su bicentenario, sino de manera especial en el cristianismo como religión universal.

Es la celebración del bicentenario de nuestro nacimiento como nación lo que nos moviliza y congrega a los argentinos, por lo menos a muchos, para quienes palabras como nación, patria, identidad y otras tantas de esta índole, encierran un significado que se vuelve decisivo a la hora de poder expresar lo que somos como argentinos. Pero en este encuentro de docentes universitarios católicos esta celebración se inscribe en un horizonte mucho más amplio que tiene que ver con nuestra fe y nuestra historia, se trata de redescubrir, en este marco celebrativo, los múltiples aportes que la fe católica ha hecho a la conformación de nuestra identidad como nación.

Los diversos enfoques temáticos propuestos para este encuentro y los numerosos aportes realizados, hablan claramente de la riqueza de lo católico y cómo esa riqueza ha sido configuradora de nuestra identidad.

Para los argentinos, comprometidos con este acontecimiento, la celebración del bicentenario se ha convertido en una afanosa búsqueda de identidad. Pues aquí estamos como católicos y argentinos reflexionando sobre lo que somos y lo que podemos y debemos esperar.

Assumiendo esta tarea y la propuesta del encuentro, me pregunté cuál podía ser mi humilde y sincero aporte, e inmediatamente se me presentó esta idea expresada en el título de esta ponencia: lo católico como aporte. ¿Por qué?

Pienso que los católicos tenemos una gran deuda con este nombre y como argentinos también. Doy dos simples constataciones, a la hora de definirnos preferimos llamarnos cristianos y no católicos, ¿por qué? Y, otra, la institución que nos acoge, la Universidad Católica, ¿qué es? Con respecto a la primera eludimos llamarnos católicos porque pensamos que es demasiado exclusivo y excluyente, lo cual hoy es sinónimo de discriminación, nos hemos puesto a la defensiva frente a la amenaza pública de discriminación. Y con respecto a la segunda, cuánto nos cuesta definir en nuestras universidades la identidad “católica”. Para no pocos la pertenencia a una universidad católica es simplemente una cuestión de estatus social, qué paradoja!

Pues bien, volviendo sobre la propuesta de esta ponencia, mi deseo es recuperar el valor de lo católico en la conformación de nuestra identidad como nación.

Recuperación del concepto y su alcance.

La palabra proviene del latín catholicus y este del griego katólikos, que significa general, universal, derivado del griego olos, todo. (J. Corominas ,J.A.Pascual,

1991) Partir de la etimología es el primer paso en la recuperación del concepto. En la raíz de la palabra nos encontramos con la idea de “todo”, ¿qué es este todo?

1) La lectura griega

Ya los clásicos griegos como Aristóteles y Polibio usaban la palabra como adjetivo con el sentido de algo universal, para todos.

La primera lectura, que es la griega, nos habla de todo, entero, completo. ¿A qué se refiere? En el pensamiento griego su primera aplicación es el cosmos. Es la contemplación del cosmos la que dará a luz conceptos de esta naturaleza y, más aún, la que dará lugar a esta forma tan particular del pensamiento humano que es la filosofía. Se trata de descubrir la realidad como totalidad (cosmos), pero no sólo eso, el hombre va descubriendo en sí mismo el instrumento adecuado para esa tarea que es su propia razón (Logos). Esto significa sencillamente que en el nacimiento de la filosofía esta experiencia de totalidad no sólo es la misma realidad que se impone, sino que ella es además la clave para poder pensar bien. Lo que los griegos llamaron el “ortos logos”. Quiero destacar esta clave porque a partir de la filosofía griega generará una rica tradición en la cual vendrá a injertarse fecundamente el pensamiento cristiano, es más, cuando se abandone esta forma de pensar la realidad, se dará paso a una nueva forma de pensar, la ciencia, que más allá de sus innegables logros, desencadenará procesos que todavía estamos tratando de comprender y controlar. Piénsese en todas las problemáticas debatidas hoy en el seno de las ciencias y de las nuevas tecnologías. Me pregunto si esta misma problemática del progreso generado tanto por la ciencia como por la técnica no tiene que ver directamente con el abandono de esta idea de totalidad.

2) La lectura cristiana

En la era cristiana, los primeros escritores, en lo que podemos llamar su sentido primitivo hicieron uso de esta palabra para definir notas esenciales de la fe cristiana; así encontramos frases como “la resurrección católica” (Justino, mártir), “la bondad católica de Dios” (Tertuliano), “los cuatro vientos católicos” (Ireneo). La combinación “iglesia católica” (katolike ekklesia) se encuentra por vez primera en la carta de San Ignacio a los esmirnios (ca. 110), dice así: “Allí donde deba aparecer el obispo... hay una iglesia universal (katolike)”. (Obsérvese cómo la idea expresada en el término catoliké, será traducida por el término latino “universal”)

Como vemos la primera lectura cristiana tiene que ver con la universalidad de la fe que supone la universalidad de la revelación, que supone la universalidad de los designios de Dios. Según pensemos en un orden ascendente, más antropocéntrico o descendente, más teocéntrico, todo está atravesado por esta idea de totalidad, unidad y universalidad que integra y da sentido a todas estas realidades, sea que hablemos de Dios, del mundo o del hombre. En esta lectura cristiana aludida nos interesa destacar con estos pensadores esta nota “católica” que define un contenido esencial de la fe y que también es una de las notas esenciales de la revelación en Cristo. El encuentro de los datos de la fe con el pensamiento griego llevará a la introducción de conceptos que permitirán expresar con mayor claridad y precisión las verdades reveladas. Algunos hablarán de una helenización de la fe; sin entrar en el debate, sólo digamos que también esta es una nota esencial de la revelación en cuanto

debe adecuarse a las formas propias tanto del conocimiento como del lenguaje humano. Mencionemos también el principio de “encarnación”.

La palabra tendrá un notable desarrollo en el ámbito de los debates teológicos de los primeros siglos del cristianismo y estará vinculada a los primeros concilios ecuménicos. En el símbolo de Nicea-Constantinopla se usará el concepto católico para definir una de las notas esenciales de la Iglesia. Vale decir que lo católico viene a definir esta realidad nueva que ha entrado en la historia y que recibe el significativo nombre de “iglesia” (ekkllesia). Podríamos definir a este nuevo uso como el significado eclesiológico positivo. Es la asamblea de todos los que son llamados a recibir el don de la fe y mediante ella la salvación. Don y salvación que según el designio misericordioso de Dios están destinados a todos los hombres sin exclusión. La Iglesia es esta realidad humano-divina que tiene la irrenunciable misión de ser instrumento universal de salvación para todos los pueblos. Y quiero destacar este aspecto positivo dentro del uso eclesiológico, porque acto seguido en la historia de la iglesia se desarrollará otro uso también eclesiológico que la marcará de forma negativa y que en el desarrollo histórico terminara por imponerse. La iglesia católica será definida por su oposición a las herejías. (esta palabra viene del griego airetikos, partidista, sectario, derivado de airetai, coger, escoger, abrazar un partido).

La Iglesia desplegará una ardua tarea frente a estos diversos grupos que privilegiando su propia manera de pensar y su elección pondrán en peligro la integridad de esta iglesia “una” querida por el fundador: “*Que todos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste*”. (Jn. 17,21) Cuánta fuerza y cuánta luz arrojan estas palabras del Señor en estos tiempos de tanta división.

Pero dentro de la lectura cristiana cabe aún agregar otra interpretación a la que podemos llamar “política” y tiene que ver con el famoso Edicto de Tesalónica con el que el emperador Teodosio declaró al cristianismo religión oficial del imperio romano. Un hito decisivo que va a determinar el rumbo no sólo del imperio romano, sino fundamentalmente del cristianismo que a partir de ese momento deviene catolicismo. Esta solemne consagración del catolicismo como religión oficial del Imperio Romano va a significar una transformación que, en mi humilde opinión, distraerá a la iglesia de su verdadera misión y que con el correr de los siglos le ocasionará más pérdidas que ganancias, en términos evangélicos, por supuesto. Asistimos a la consagración del llamado “cesaropapismo”

Este es un punto donde misteriosamente convergen los designios humanos y divinos.

Dejando de lado la importancia de este decreto imperial y sus consecuencias, que ameritan otro tratamiento y exceden las intenciones de esta ponencia, sí debemos asumir el significado de este edicto en lo que respecta a la evolución del concepto que nos ocupa.

¿Qué tienen en común el Imperio-Estado y la Iglesia?, precisamente la catolicidad-universalidad. Teodosio sancionó lo que ya había intuido muy bien su predecesor Constantino al ver en el cristianismo la fuerza unificadora del Imperio Romano. Qué es un Imperio sino un proyecto totalizador, en este punto se da la mano con la Iglesia, si bien con una motivación totalmente distinta. Mientras que el Imperio nace de aspiraciones humanas, las más viles o nobles, la Iglesia nace de un designio divino.

Pero avancemos.

Se impone una nueva lectura que es la latina, cuando los romanos tuvieron que traducir el término katólicos, apelaron al latino, "universal" (unus- versus, hacia la unidad) que agrega al concepto griego una nueva idea, la de "unidad" y también la enriquece, para alcanzar la totalidad se requiere unidad.

Me parece importante este análisis etimológico, porque en torno a estas reflexiones originarias se nos descubre el peso enorme de las palabras y el significado también enorme de las realidades que designan.

Las palabras que designan acontecimientos históricos. (tomo ahora el concepto en su doble acepción greco- latina de católico-universal)

¿A qué se refiere estrictamente hablando el concepto católico?

Tiene varias atribuciones:

En primer lugar se dice de la revelación, viene a designar esta automanifestación libre y personal de Dios que comienza con la vocación de Abraham en el antiguo testamento, dando lugar a la historia de Israel y culmina en el nuevo testamento con la autorevelación de Jesús de Nazaret.

Esa revelación desde su comienzo y hasta su culminación tiene un fin universal, es para todos los pueblos, es decir, católica. Esta universalidad responde a un designio divino, Dios quiere darse a conocer a todos los pueblos.

No podemos dejar de notar una cierta tensión y paradoja en este designio divino, Dios elige un pueblo pero para darse a conocer a todos los pueblos, es uno para todos, de la unidad a la totalidad. Hay aquí un gran misterio quizá no del todo esclarecido para el pueblo de Israel que no ha aceptado la plenitud de la revelación en Cristo. También ellos están llamados a formar parte de la catolicidad.

Esta primera gran etapa que va de Abraham a San Juan, la llamamos "economía de la revelación", es claramente una economía católica.

La segunda etapa, una vez concluida la revelación, será su transmisión o "economía de transmisión" y aquí vendrá la segunda atribución del concepto católico. La transmisión estará directamente vinculada a la Iglesia y a los apóstoles sobre los que Cristo ha querido fundarla y enviarla. La Iglesia, comunidad de discípulos misioneros, para definirla con Aparecida, será la depositaria de la divina revelación y, por lo tanto, tendrá que honrar la voluntad salvífica universal de su fundador. Ella aún en medio de sus limitaciones humanas será depositaria de este designio universal, por eso se llamará "católica".

Católico es uno de esos conceptos forjados por el pensamiento cristiano y que va teniendo a través de la historia múltiples lecturas, como hemos visto, pero que siempre tuvo la particular virtud de expresar la "identidad" de nuestra fe, sea porque encierra notas esenciales de ella, sea porque también se fue gestando frente al permanente desafío de los errores (herejías).

Al principio fueron los errores cristológicos y trinitarios que dieron a luz la ortodoxia de la fe, ortodoxia que vino a designarse como católica. En la época moderna fue la lucha con Lutero y el naciente protestantismo. No se puede negar que esta permanente lucha contra la amenaza de los errores opacó la riqueza de este concepto, ocultando su verdadero significado y lo cargaron de un sentido negativo.

Lamentablemente este sentido negativo es el que hoy pesa sobre este concepto, a tal punto que a la hora de decir quiénes somos ya no respondemos con el firme “católico apostólico y romano, sino que simplemente decimos “cristianos”. ¿Por qué? Es una muy buena pregunta para reflexionar, sobre todo a la hora de recoger los “aportes” que esto ha significado para nuestra Patria.

La nación católica. “Queremos ser nación”

nota1: tomo ahora el término católico en sentido amplio.

nota 2: nación es un conjunto de personas de un mismo origen étnico y que ordinariamente hablan un mismo idioma y tiene una tradición común, desde el punto de vista etimológico, nación significa una relación común de origen y nacimiento).

¿Se puede hablar de “nación católica”?

Argentina es una nación católica, porque lo que tenemos en común es nuestra “diversidad”. Argentina fue posible como nación desde su origen por su universalidad, por su configuración multicultural y también por su religión. Sin este sustrato común no hubiese prosperado la proclamada “independencia”. Desde entonces venimos debatiéndonos sobre nuestra identidad. ¿Qué somos? ¿Quiénes somos?

Somos nación o mejor dicho queremos ser nación, pero ¿realmente lo somos, fundamentalmente por “constitución”?

¿Quiénes somos? Nuestros obispos responden a esta pregunta de la siguiente manera: *“Desde los orígenes de nuestra comunidad nacional, aun antes de la emancipación, los valores cristianos impregnaron la vida pública. Esos valores se unieron a la sabiduría de los pueblos originarios y se enriquecieron con las sucesivas inmigraciones. Así se formó la compleja cultura que nos caracteriza”* (HBJ, 9). Somos un crisol de razas, universidad de pueblos y culturas, somos una catolicidad, pero una catolicidad todavía no asumida. ¿Por qué? Esta es la deuda que nos debemos como argentinos. Nacimos como un país católico pero todavía no hemos madurado lo suficiente para dar lugar a una “nación católica”. Lamentablemente el elemento esencial de nuestra identidad, que es nuestra universalidad, obra más como obstáculo que como factor de unidad. Lo que es en realidad una riqueza enorme, se vuelve nuestra mayor debilidad.

La idea de universalidad conlleva la idea de diversidad, pero esta puede tener dos lecturas. Lo distinto puede ser visto como una riqueza o como una amenaza. Los argentinos lo sabemos muy bien, nuestra frágil y corta historia ha estado estigmatizada por una constante lectura negativa de la diversidad, siempre vemos lo distinto como una amenaza. Y la misma Iglesia, muchas veces, ha caído en este pecado. Pero no debemos caer en el error común de culpar a la “institución” por los pecados de sus miembros. Y me refiero tanto a la institución Iglesia como a la institución Estado.

Cuando los argentinos aprendamos a ver lo diverso como una riqueza entonces, y sólo entonces, estaremos poniendo los cimientos de la nación que realmente queremos y nos merecemos. Me pregunto y les pregunto si nuestras universidades están verdaderamente al servicio de esta enseñanza.

En el citado documento aparecen las palabras clave para la celebración del bicentenario, a saber: diálogo, consenso, pluralismo, servicio, mística del servicio, federalismo, integración y fundamentalmente “reconciliación”. Quiero

destacar de manera especial esta meta que propone el documento porque es el *“desafío que no hemos logrado construir en el transcurso de nuestra vida nacional”*(n, 33).

Asimismo en el documento se plantea una pregunta que nos concierne directamente como universidad, ¿Qué estilo de liderazgo necesitamos hoy? La respuesta nos interpela duramente: *“En un cambio de época, caracterizado por la carencia de nuevos estilos de liderazgo...es bueno tener presente esta concepción del poder como servicio (mística del servicio). Como Iglesia este déficit nos cuestiona. En un continente de bautizados, advertimos la notable ausencia, en el ámbito político, comunicacional y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos, con fuerte personalidad y abnegada vocación, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas”* (n, 21).

Estas citas que traigo a esta ponencia no son un recurso retórico sino un intento de reivindicar el magisterio de nuestros obispos que desde hace décadas vienen iluminando con sabiduría el camino de nuestro pueblo, pero lamentablemente por diversas razones, sus enseñanzas no encuentran en los argentinos la debida acogida que pueda generar los cambios que necesitamos. Y permítanme también una referencia al último documento sobre las elecciones: Al ponerse de relieve las diversas propuestas...no debe hacernos perder de vista lo que nos une. El Papa nos invita a mirar nuestros vínculos más allá de legítimas pertenencias partidarias o de sector. Por eso nos dice *“que convertirse en pueblo es todavía más, y requiere un proceso constante en el cual cada nueva generación se ve involucrada. Es un trabajo lento y arduo que exige querer integrarse y aprender a hacerlo hasta desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía”* (EG, 220).

Los obispos terminan invitando a que *“las elecciones de este año, deberían ser un momento propicio para iniciar un examen de conciencia colectivo y para proponernos como sociedad metas exigentes, que nos estimulen a crecer en la cultura del diálogo y el encuentro”* (n, 8).

La Universidad Católica

Al servicio de una nación cuya identidad sea la pasión por la verdad y el compromiso por el bien común.

Si lo católico se predica del mundo y su racionalidad, aporte filosófico; de la revelación y la fe, aporte teológico; de la nación y su identidad, aporte al bicentenario, cuánto más se dirá de la “universidad” que históricamente nace como católica pero sin necesidad de decirlo. El nombre de “universitas” que se eligió al momento de erigir este proyecto educativo recoge en sí mismo el ideario de toda buena educación. Caben algunas reflexiones en torno a este momento fundacional. Cuando los maestros y estudiantes de París se reunieron para formar este originalísimo “gremio” seguramente no debieron tener mucha dificultad en encontrar este concepto para designarlo, entrenados como estaban para definir las cosas por su nombre, y simplemente lo definieron como “universitas magistrorum et studiorum” (la totalidad-comunidad de los maestros y estudiantes). Observemos el peso y la precisión de cada palabra que entrañan un significado que más allá de los avatares por los que tendrá que atravesar la universidad nunca perderán su vigencia. Podremos debatir mucho sobre la misión de la universidad en la Iglesia y en el mundo pero siempre tendremos que volver a esta intuición fundacional que nos

recuerda lo que somos: esta comunidad de maestros y estudiantes que buscan la verdad, investigan la realidad y sirven al hombre y a la sociedad en sus más legítimas aspiraciones. La primera lectura de la universidad siempre será esta y deja en claro el primado de la persona por encima de toda construcción. Inmediatamente esta totalidad que se predica de la comunidad, se dirá también del saber y de las ciencias.

Después de esta presentación etimológico-histórica quisiera detenerme en el acontecimiento más importante que vamos a celebrar las universidades este año. Me refiero a la celebración de los 50 años de la *Gravissimum educationis* y los 25 años de la *Ex Corde Ecclesiae*.

Para celebrar este fausto acontecimiento y para relanzar el empeño educativo de la Iglesia en el campo de la educación, la Congregación para la Educación Católica ha elaborado un *Instrumentum laboris* que recoge los valiosos aportes del Magisterio sobre la educación y traza las orientaciones para los futuros decenios.

El documento ya en su introducción señala que la cultura actual está atravesando distintas problemáticas que provocan una difundida “emergencia educativa” y aclara que con esta expresión nos referimos a las dificultades de establecer relaciones educativas que, para ser auténticas, tienen que transmitir a los jóvenes generaciones valores y principios, no sólo para ayudar a cada persona a crecer y a madurar, sino también para concurrir en la construcción del bien común.

El documento habla de los desafíos educativos hoy y mañana. Desafíos que nuestras universidades deben asumir para la construcción de la nación.

Destaco aquellos que considero de particular importancia para nuestro trabajo.

En primer lugar, tenemos que reformular la antropología que se encuentra en la base de nuestra visión de educación del siglo XXI. Se trata de una antropología filosófica que tiene que ser una antropología de la verdad. Una antropología social, es decir, donde se concibe al hombre en sus relaciones y en su modo de existir. Una antropología de la memoria y de la promesa. Una antropología que hace referencia al cosmos y que se preocupa por el desarrollo sostenible. Y aún más, una antropología que hace referencia a Dios.

El segundo desafío, es un aporte más personal y lo llamo la cuestión epistemológica. Es un tema que vengo reflexionando desde hace tiempo y que estoy trabajando en mi universidad en la elaboración de un nuevo plan de formación filosófico-teológica. Las motivaciones son claras, por proponer dos simplemente, una viene del mismo documento mencionado que nos dice que hoy tiene especial relevancia el diálogo entre los distintos saberes y la teología, invitando a una superación de la fragmentación; la otra motivación tiene que ver con nuestra experiencia y con la seria dificultad que encontramos en nuestras universidades para plasmar ese necesario diálogo entre los distintos modos de conocimiento. Esto es lo que llamo la cuestión epistemológica. Parafraseando el documento podríamos definirla como una epistemología tripartita: científica-filosófico-teológica, una epistemología de la verdad, una epistemología abierta, complexiva e integradora, una epistemología que se ocupa de todas las formas de racionalidad que el hombre a desarrollado en su búsqueda de la verdad. Entiendo que en la concreción de este diálogo epistemológico podremos superar la fragmentación del conocimiento. El objetivo es claro los invito a trabajar y a compartir el cómo. Cómo construir un

contexto educativo que sea capaz de superar las dificultades de establecer relaciones educativas.

El tercer desafío, quiero tomarlo de una propuesta que nos hace el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* (132-134), es el anuncio del evangelio a las culturas profesionales, científicas y académicas. *“Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos”* (EG, 132). Personalmente me ha llamado mucho la atención y me complace que el Sínodo (se trata de la propositio 17 y que el papa ha rubricado con su ministerio petrino) haya rescatado un concepto tan antiguo y tan nuevo como el de “apologética” y lo proponga para nuestro trabajo. Además esto tiene que ver también con el objetivo de esta ponencia de rescatar y poner en valor estos conceptos fundamentales que no sólo nos definen sino que también nos indican claramente la tarea a realizar. Trabajemos queridos colegas en esta “original apologética” que nos pide el Papa Francisco recordando que *“las Universidades son un ámbito privilegiado para pensar y desarrollar este empeño evangelizador de un modo interdisciplinario e integrador”* (EG, 134).

Conclusión.

Estamos atravesando una emergencia educativa a nivel mundial y nacional, esta emergencia se inscribe también en el marco de una emergencia nacional que va más allá del ámbito educativo, pero el ver con claridad los desafíos de esta hora no debe impedir que celebremos con renovada fe y esperanza el bicentenario de nuestra independencia.

Estamos aquí reunidos para recoger los aportes diversos y valiosos que le dan contenido a esta celebración.

El objetivo de esta ponencia es recoger el aporte primero y fundamental de ser católicos, que ha estado y estará siempre en el nacimiento de nuestra nación y de nuestras universidades. En este concepto se encierra la grandeza de nuestra identidad y por eso también de nuestra misión.

Permítanme concluir con la oración por la Patria:

Oración por la Patria

Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos.
Nos sentimos heridos y agobiados.
Precisamos tu alivio y fortaleza.
Queremos ser nación,
una nación cuya identidad
sea la pasión por la verdad
y el compromiso por el bien común.
Danos la valentía de la libertad
de los hijos de Dios
para amar a todos sin excluir a nadie,
privilegiando a los pobres
y perdonando a los que nos ofenden,
aborreciendo el odio y construyendo la paz.
Concédenos la sabiduría del diálogo

y la alegría de la esperanza que no defrauda.
Tú nos convocas. Aquí estamos, Señor,
ceranos a María, que desde Luján nos dice:
¡Argentina! ¡Canta y camina!
Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos.
Amén.

BIBLIOGRAFÍA

J. Corominas ,J.A.Pascual. (1991). *Diccionario critico etimológico*. Madrid.

Magisterio de la Iglesia

Conferencia Episcopal Argentina. (2010). *Hacia un bicentenario en justicia y solidaridad*. Buenos Aires

Francisco. (2014). *Evangelii Gaudium*. Roma